

La política en la red

Escrito por Anna Bosch, Salvador Martí, Tere Maldonado, Zesar Martínez y Anabel Sanz
Viernes, 02 de Enero de 2004 21:42 -

La experiencia de debate para el anterior anuario nos pareció una buena forma de entre-cruzar visiones y de profundizar sobre temas relacionados con los distintos movimientos sociales de una forma viva. De modo que hemos continuado con esa iniciativa realizando un nuevo debate y transcribiéndolo como marco e invitación a debatir el tema propuesto para esta entrega. La discusión se hizo alrededor de varios ejes temáticos y, por ello, en la transcripción se han agrupado las aportaciones según los cuatro aspectos debatidos acerca de la política en la red.

Las personas invitadas al debate se presentaron de este modo al inicio del mismo:

Anna BOSCH, de Catalunya, he trabajado en el movimiento ecologista y ahora estoy en grupos de debate feminista.

SALVADOR Martí, en este momento vivo en Salamanca, estoy colaborando desde hace tiempo en el movimiento o movimientos que de vez en cuando se articulan por otro tipo de globalización, y también colaboro en redes de solidaridad.

Tere Maldonado, pertenezco al movimiento feminista de toda la vida y también estoy en el «meneillo» (no sé si llamarle movimiento a esto) antiprohibicionista. Esta es mi militancia hoy en día, al margen de otras cosas.

ZESAR MARTÍNEZ, aparte de trabajar con Pedro, mi vida activista está relacionada con la solidaridad internacional y los colectivos internacionalistas.

Anabel Sanz, he militado fundamentalmente en el feminismo y también en solidaridad, en algunos momentos de mi vida; como soy de pueblo, nos tocaba todo lo que había. Ahora trabajo como técnica de igualdad que es la expresión práctica de lo que es el feminismo institucional.

Por parte de Betiko Fundazioa asistieron: **RAMÓN ZALLO**, **Alfonso Dubois**, **Isabel Ribera**, **Carmen Oriol**,

Elena Grau

y

Pedro Ibarra

.

Elecciones 200 : conexión entre movimientos sociales y voto.

SALVADOR MARTÍ: Quizás una de las historias más importantes del último ciclo de movilización, es que se ha movilizado gente que antes no lo hacía, y gente que siempre se movilizaba y no votaba, hoy vota. Una de las cuestiones más significativas en mi experiencia personal fue que con muchos amigos de movimientos sociales a quienes previamente les interesaban poco o nada las elecciones, la dinámica partidaria, nos pasamos la noche electoral como quien mira una final de fútbol en la copa de Europa. En el fondo, hace un año la sociedad era casi la misma que hoy tenemos, lo que cambiaron fueron las instituciones. La gente cotidianamente milita en cosas más allá de la utilidad específica, pero muchas veces hay mecanismos políticos que sí inducen al voto útil. Y esta es una cuestión que deberíamos de mirar, o de darle vueltas.

ZESAR MARTÍNEZ: ¿Se influyen entre sí la movilización y el voto? Tal vez sí, pero en el largo plazo, en términos históricos. En el plazo más corto sólo se influyen en coyunturas muy especiales y yo creo que la del último año ha sido una coyuntura muy especial por el hecho de que se diera la invasión militar de un país soberano, saltándose todas las legislaciones vigentes, en base a mentiras; todo muy burdo. Pero es una coyuntura muy específica. Además, el hecho que el 11 de marzo haya un intento por parte del PP de instrumentalizar el atentado electoralmente, un intento también tan burdo que genera esas mentiras, esas patrañas, hace que la situación sea intolerable. Y esto lleva a movilizarse para canalizar los sentimientos de rabia. En coyunturas tan específicas como esta, sí puede tener una repercusión electoral. Pero no comparto un optimismo en el sentido de que esto no sea fruto de una coyuntura muy específica, sino que pueda ser algo que está cambiando, una tendencia de cambio.

ANABEL SANZ: Lo que ha ocurrido corresponde a una coyuntura muy concreta en la que la guerra ha sido definitiva, pero también hay otros factores como tres gobiernos del PP ya muy desgastados, el Prestige... Ha habido toda una serie de factores que han sido importantes, pero desde luego no me parece que el vuelco electoral demuestre que estamos construyendo movimiento que va a ser capaz de actuar en un futuro de una manera más definitiva. Creo que eso, por desgracia, no va a ocurrir.

ANNA BOSCH: Son ámbitos separados, ya que la movilización social corresponde a la política primera, mientras que el voto corresponde a la política de la representación, o política de segundo nivel.

La influencia entre movilización y voto, viene mediada por la sociedad. La movilización expresa un malestar social. Y al margen de que consiga o no sus reivindicaciones inmediatas, modifica tanto la misma sociedad como la institución política hacia la cuál se dirige la protesta. El voto decide quiénes van a gobernar desde las instituciones y, por tanto, abre o cierra posibilidades a la aplicación de políticas de gobierno; políticas de forma y de fondo que modifican la sociedad y el funcionamiento de las instituciones.

El que la sociedad medie entre la política primera y la de la representación explicaría por qué la relación de causa-efecto entre movilización y voto no funciona de forma directa e inmediata: el PP no perdió muchos votos en las elecciones inmediatamente posteriores a las movilizaciones contra la guerra. Pero los cambios que la movilización provoca en la sociedad, tarde o temprano, y relacionados con factores diversos que a su vez tienen relación con aquellos cambios, se traducen en el voto.

Resumiendo: las masivas movilizaciones contra la guerra, el PHN y el Prestige expresaban el malestar provocado en la sociedad por la política del PP, y expresaban también que algo estaba madurando; las propias movilizaciones que supusieron el empoderamiento de la población, es decir la experiencia colectiva de protagonismo, contribuyeron a acelerar este proceso de rechazo al belicismo, al autoritarismo y a la manipulación informativa. Este proceso de cambio en la sociedad obligó también al PSOE a modificar su programa, de manera que por primera vez presentó un programa alternativo al del PP, excepto en política económica. El mismo proceso del que hablamos se tradujo también en el voto que llevó a Zapatero a la Moncloa.

ISABEL RIBERA: Yo estoy de acuerdo con Anna en que la política primera es la que modifica la realidad y después están las elecciones. Yo creo que los movimientos sociales están muy activos, otra cosa es que esto lleve con seguridad a algo bueno. Pero es cierto, o es mi percepción, que la imaginación, la capacidad de incidencia, de mediación y de contratación ha aumentado de diez años a aquí. En el tema del voto ya se ha dicho que son dos mundos separados, absolutamente separados. Sin embargo, un año después vemos -y esto es lo que tendríamos que estirar más- que las gentes por una serie de circunstancias en un momento determinado sí que han atado cabos. No quiere decir que lo vuelvan a hacer en las próximas

elecciones, pero ha pasado y eso creo que hay que pensarlo más.

ALFONSO DUBOIS: La verdad es que no sabemos mucho sobre los factores que inciden en las decisiones de voto de la gente. ¿Por qué cambia la gente su voto? Y la pregunta que nos surge es: ¿hasta dónde los movimientos sociales actuales tienen incidencia sobre la opinión pública y, entonces, influyen sobre su cambio de voto? En todo caso, lo primero es evitar caer en la confusión de establecer una relación directa entre el aumento de las movilizaciones con un cambio en la misma dirección del voto de la mayoría. Mientras un millón de personas salen a la calle, hay que recordar que otros treinta millones no están allí. Lo que hay que averiguar es hasta qué punto ese millón movilizado incide o no incide en los otros treinta millones. Pero aun sin esperar a tener los resultados de esa investigación, sí se puede decir que algo está cambiando en la forma de manifestarse la voluntad política de las personas. Lo que está cambiando es el marco de las condiciones en que se puede gobernar; las relaciones que se establecen entre los distintos agentes públicos y privados, los mecanismos de canalización de las reivindicaciones, el surgimiento de nuevos agentes sociales, etc. Desde esta perspectiva, no cabe duda que las movilizaciones son formas de manifestación de las personas que expresan su posición y que ejercen influencia en el resto.

Relación entre movimientos sociales, instituciones y partidos. Cambios en las formas de gobernar

ANNA BOSCH: Los movimientos sociales no son entes abstractos sino agrupaciones de ciudadanos y ciudadanas conscientes. En las sociedades occidentales de hoy, las personas tienen criterio propio, son capaces de entender y analizar la realidad, saben organizarse de forma adecuada cuando les conviene, pueden conseguir la información y el asesoramiento técnico necesarios para hablar de tú a tú con la Administración. No necesitan partidos políticos que marquen el camino, ni convoquen campañas o movilizaciones. La tarea pedagógico-política de los partidos en el siglo pasado hoy ya no tiene sentido. La ciudadanía no precisa tutores, está en su mayoría de edad. Los partidos ya no generan ideas, solamente compiten por el poder. Hoy, las ideas son patrimonio de la ciudadanía que se expresa a través de los movimientos sociales. Más que exigir espacios de participación, construyen espacios de participación. Los movimientos son la participación. No exigen decidir, sino que deciden. ¿Por qué?, pues porque la política es mucho más que elegir a los gobernantes cada cuatro años, y cada vez hay más personas en nuestra sociedad que no quieren delegar en nadie para decidir como se gestiona la «cosa pública». La mera existencia de los movimientos sociales cuestiona el poder de la representación, ya que empodera a quienes participan y permite constantes ensayos de otra forma de hacer política. El sistema político de la representación está en crisis porque se basa exclusivamente en la lucha por el poder. No quiere eso decir que las

decisiones que se tomen desde el poder no sean importantes: mientras el poder exista, hay que tenerlo muy en cuenta. Pero este es sólo una parte de la política.

RAMÓN ZALLO: Bueno, no parece que se haya inventado todavía otra modalidad orgánica mejor, más que establecer nuevos mecanismos que limiten los poderes de los partidos, y esos son los movimientos, eso son las estructuras organizadas. No creo que las estructuras organizadas, ni siquiera los movimientos, hayan desplazado el papel, no ya de la política, que la hacen también, ni siquiera de los partidos y de los movimientos organizados en el plano directamente político, por tanto con programas globales.

Los movimientos no tienen memoria de sí mismos. La memoria es el recurso de las organizaciones sociales. Está bien diferenciar entre movimientos sociales y organizaciones, pero la memoria no está en los movimientos, no hay una transmisión por parte de las ciudadanías que de vez en cuando se movilizan. Son las estructuras organizadas las que guardan la memoria, las que la convierten en experiencia, las que orientan, y creo que hay una relación bastante más fuerte entre organizaciones y movimientos, aunque estas organizaciones sean pequeñas, aunque no haya que establecer una igualdad entre fortaleza del movimiento social y grado de consolidación organizativa. Pero el papel de pequeñas organizaciones estructuradas con pensamiento propio es interpretar necesidades en un momento dado y socializarlas en los movimientos, al mismo tiempo que tienen que vivir de la experiencia que tiene el movimiento para rehacer su propio ideario.

ANABEL SANZ: Me da la sensación de que la gente de la calle no diferencia mucho entre los políticos profesionales, los políticos de los partidos y las caras visibles de los movimientos sociales. Es decir, la forma en que se hace la política en la actualidad lleva a que la gente tenga una confusión terrible. Yo creo que existe una desconfianza de la gente en los partidos y la hace extensiva a las personas públicas, sean de partidos o de movimientos. Nos puede parecer una injusticia pero igual lo tendremos que aclarar. En ese sentido, existe una necesidad clara de que los movimientos sociales, más o menos amplios, al estilo de los que conocemos, de los que hemos conocido en otros momentos, aparezcan con unas características propias y sacando los colores sobre lo que significa hacer política, por lo menos desde la izquierda.

En el movimiento feminista nos encontramos con que hay un sector que defiende una

estrategia más de confrontación con las instituciones y otro sector que defiende una estrategia de cooperación. En estos momentos existe como una especie de concertación, pero el fallo está en que la nueva coyuntura exige alternar ambas. Las dos partes dicen tener, y creo que tienen, una estrategia que va más allá de los objetivos concretos, pero hay un problema de fragilidad de los discursos. La asunción de los discursos de los movimientos sociales por parte de las instituciones, de alguna manera los deja sin discurso propio. Por un lado a veces me parece que la gente que está gestionando políticas, desde lo técnico, necesita hacer cosas concretas y muchas veces se pierde, al final hace política posibilista, pues es lo que le queda. A veces la gente que está confrontada en los movimientos sociales más radicales se queda en un discurso abstracto, y no acabamos de encontrarnos.

RAMÓN ZALLO: También puede ocurrir que cuando gana las elecciones un partido que se dice de izquierda se cree una situación interesante desde el punto de vista de que, al fin y al cabo, hay un cambio de situación en el que han influido, de alguna manera, desde luego los movimientos. Esta sensación de buen ánimo es positiva desde el punto de vista de la organización y la estructura, pero ocurre que los movimientos ya no tienen un polo, un enemigo tan claro como era la derecha y esta situación también adormece porque la política de reformas les puede ser útil y además hay que utilizarla. Esto puede llevar en momentos determinados a que los mismos movimientos rebajen excesivamente sus propias reivindicaciones o no exista el ambiente social, la acumulación de fuerzas suficiente que permita llevar más allá la política de reformas del partido de gobierno, en este caso de un partido que se dice de izquierdas.

ELENA GRAU: Cuando estamos actuando el cambio no nos damos cuenta a veces de en qué dirección se está cambiando. Ha habido cambio en todo lo que son estos espacios donde se mezclan distintos mundos, en el ámbito de los movimientos sociales y el de las instituciones. Los movimientos sociales que tienen planteamientos radicales, que además de plantearse reivindicaciones se están planteando las formas de hacer política, están incidiendo en las instituciones y las instituciones están incidiendo en ellos, de manera que hay un espacio de interacción que a mí me parece importante pensar. Lo interesante es que desde la institución se abre este espacio de escucha y desde el movimiento hay que plantearse, ¿cómo nos situamos para pensar y proponer cosas a la institución?, porque a veces el movimiento se queda muy cómodo dando palos siempre desde fuera, sin preocuparse de si lo que propone es o no posible. Estamos en un momento nuevo al que habría sacarle punta, ver lo nuevo y no quedarnos con el esquema fácil de, o estás haciendo la revolución fuera de todo, o estás en la institución y te han cooptado y ya no sirve nada de lo que haces. Estamos comprobando en nuestra experiencia que no es así. A mí me gustaría profundizar particularmente la reflexión sobre esta franja en que se da la relación entre movimientos sociales e instituciones.

ANNA BOSCH: Necesitaríamos ponernos otras gafas porque con las miradas convencionales no podemos analizar lo que está ocurriendo. Los movimientos sociales están proponiendo alternativas a través de planteamientos sectoriales o locales en relación a problemas concretos. El movimiento ecologista ha desarrollado una gran capacidad de elaborar alternativas viables. Ha conseguido interrelacionar con las instituciones y está contaminando la sociedad, tanto a las personas concretas en sus casas, como a los partidos políticos. Es decir, ante la impotencia de las instituciones políticas para cambiar el modelo económico establecido, los movimientos sociales plantean pequeñas cosas que contienen el germen de otros planteamientos nuevos.

Por ejemplo, en el tema del Plan Hidrológico, cuando proponen la Nueva Cultura del Agua están planteando que una política hidrológica en el Estado español debe partir de que este es un bien escaso y por ello hay que replantear la relación que tenemos con este bien. En el movimiento ecologista cuando se lucha contra las nucleares, cuando se cuestiona qué hacer con el petróleo, cuando se opta por las energías alternativas hay siempre una visión global detrás.

La interrelación movimiento-instituciones es un terreno en el que estamos jugando todos. Cuanta más capacidad de imaginación y de experimentación hay desde los movimientos sociales para entender los problemas de la sociedad y darles otras soluciones, más necesario se hace relacionarse con las instituciones para que estas no sean sólo una declaración de intenciones sino una realidad. Desde el empoderamiento de los movimientos —como decíamos el año pasado— podemos pactar y trabajar conjuntamente con las instituciones.

ANABEL SANZ: Deberíamos posicionarnos abriendo espacios cuando se nos ofrecen posibilidades pero, desde luego, teniendo clara una estrategia de intervenir en lo importante. Y lo importante es cómo se implementan las políticas públicas y cómo se deciden las cosas. Tenemos que ser capaces de hacerlo. Otra cosa es que sea un objetivo muy ambicioso, pero al final los objetivos políticos deben ser ambiciosos, aunque luego vayamos consiguiendo poco. De lo contrario, nos quedamos en la marginalidad y no conseguimos nada. Uno de los problemas fundamentales en este momento, además de la atomización, es la falta de referentes.

ZESAR MARTÍNEZ: En el tema de la relación con las instituciones, creo que si se participa desde una conciencia que pierde de vista el eje de quién es el adversario, contra quién estamos luchando, hay un peligro de cooptación bestial.

RAMON ZALLO: Respecto a este tema, la idea de gobernancia me parece interesante. La gobernancia no es sólo el truco de los poderes para perpetuarse, es también una nueva forma de gestión de lo público porque, además, no tienen más remedio que hacerlo si se quieren perpetuar gestionando lo público. Dicho de otra manera, es vincular determinadas decisiones a procesos sociales que están ocurriendo y que son notorios, que compiten también en la mentalidad de la ciudadanía a la hora de forjar opiniones. Se da una competencia en el liderazgo de opinión entre los líderes políticos y los líderes de los movimientos sociales que tienen algo que decir. Por tanto se producen también cambios en el lugar social. Como lo público debe operar con otras reglas, lo público o lo político, lo partidario y el poder, no sólo en el ámbito de la representación, han ganado un plus que es el ámbito de la legitimación. Este ámbito de legitimación se logra mediante la participación de líderes sociales, de movimientos sociales, en las redes de gobernancia, negociando aspectos. Eso significa que el discurso que viene de los movimientos sociales, de la sociedad, está variando el discurso tradicional de quienes gestionaban lo público, lo político, el poder. La gobernancia tiene un papel. Hay un tema de préstamos discursivos, lo hay, pero también hay realidades de cambio. Le he oído al Consejero de Medio Ambiente y sus discursos no tienen nada que ver con los antiguos discursos medioambientalistas, o lo que fuera, son mucho más potentes, más duros y están directamente prestados de parte del movimiento.

Tejido social: cambios sociales, la cultura de los derechos, aparición de movimientos sociales poco clasificables

PEDRO IBARRA: Procesos de entrada de la sociedad civil organizada en movimientos, en grupos, en el espacio de lo político. Esto puede conducir a procesos de cooptación o a procesos de ruptura de lo político, de transformación de lo político. ¿Desde qué perspectiva, si se están dando cambios, creemos que estos son positivos, o no? ¿Por qué?, ¿qué creemos que es lo positivo? ¿En qué medida todo el escenario que a lo mejor es más estático de lo que parece, no se está rompiendo? Por un lado, con el cambio de contexto de la globalización se introducen nuevas variables a la hora de la acción colectiva. También quería resaltar un poco eso a través de los movimientos antiglobalización. ¿Este mundo no está reordenando precisamente todas las estrategias de los actores, politizando más, arrastrando a antiguos actores sociales más convencionales que igual tenían un papel de no tocar demasiado el sistema? Tal vez les están arrastrando y están entrando en procesos de más politización.

ZESAR MARTÍNEZ: Con respecto al movimiento antiglobalización, de Seattle para aquí la única incidencia que percibo es el desgastar esa legitimidad. Creo que no hay que sobrevalorar

esta influencia, ha desgastado algo en un sentido ideológico y de legitimidad que es más fácilmente perceptible en el desgaste de imagen que han sufrido las grandes instituciones internacionales que estaban abanderando todo el proceso: el Banco Mundial, la OMC, el G-8, etc. Pero hasta ahí, nada más. Por lo que se refiere a la incidencia política, a cambiar el rumbo de políticas o de actuaciones, no ha habido incidencia.

En cambio creo percibir cierto resurgir de los centros sociales ocupados, espacios donde se intenta que rijan otra lógica. Yo veo más futuro en esto; más futuro que en las cuestiones de si incide el movimiento social en las cuestiones electorales.

ANNA BOSCH: El tejido social en el día a día crece constantemente, abonado por las relaciones entre las personas. De lo contrario, la vida humana sería imposible, ya que el cuidado de la vida —lo más fundamental para la continuidad de la especie— queda fuera del ámbito del Estado. El tejido social se expande, experimenta, madura, reflexiona, toma consciencia de sí mismo y de sus potencialidades. Tiene memoria acumulada de las experiencias colectivas vividas, y esta memoria se transmite a través del entramado de relaciones, a la vez que se enriquece con aquello que aportan las nuevas generaciones. Es difícil predecir hacia donde crece, pero se dirige hacia nuevas formas de política que pueden llegar hasta el punto de minimizar haciendo innecesaria la política de la representación. Parafraseando a Marx, la democracia representativa lleva en su seno el germen de una democracia participativa, más evolucionada que la substituirá (ello, claro, si las fuerzas destructivas del neoliberalismo no acaban antes con la humanidad!).

ALFONSO DUBOIS: Me gustaría saber hasta qué punto lo que está ocurriendo es que hay una forma distinta de apropiación de lo que se considera público por la gente. Por otro lado se están dando nuevos procesos y nuevos objetivos de la acción pública y de la acción política. El peligro es pretender analizar todos estos cambios utilizando las categorías viejas de lo público. Por eso, algunas personas al ver que estas manifestaciones no encajan dentro de lo que se consideran los procesos formales o institucionalizados de participación política o los procesos convencionales de participación ciudadana, consideran que no hay participación. Yo pienso que se está dando esa nueva apropiación de lo público por parte de la sociedad y que, en este sentido, no cabe duda que se está dando la participación; pero en muchos casos cuesta entenderlo.

Me pregunto hasta dónde hay que reconocer que hay una acción pública en los ámbitos más básicos de la actividad de las personas como en las asociaciones, en la escuela, en los institutos, en el barrio, a nivel del ámbito directo con los Ayuntamientos, en el ámbito del gobierno autonómico. Muchas veces son acciones esporádicas que mueren en ellas mismas,

pero otras veces son el germen de nuevas formas de participación. Nos cuesta poner antenas que nos permitan captar lo que está naciendo como expresión de una nueva dimensión de la participación ciudadana, porque esas manifestaciones que están naciendo son más flexibles, menos estables, menos formales de las que estamos acostumbrados.

Para explicar lo anterior, se me ocurre el ejemplo de las asociaciones de afectados por familiares con enfermedades que implican una perturbación profunda de su vida (Alzheimer, parálisis cerebral, minusvalías, etc.). ¿Quién dice que estas no son manifestaciones reales de actuación en el espacio de lo público? Tenemos una cierta tendencia a pensar que el tema de la salud se tiene que expresar a través de no sé qué formas institucionales formales, cuando en la realidad aparece con estas nuevas formas, que antes no existían y que son reflejo de una nueva forma de actuación política. Y no sólo eso, sino que en sus planteamientos se formulan cuestiones que atañen a la forma de entender la solidaridad de la sociedad. Quiero decir que tal vez nos falte esa capacidad de intentar comprender las nuevas dinámicas sociales que antes no existían pero que hoy están apareciendo y que son la muestra de otra forma de entender la participación política.

TERE MALDONADO: Uno de los cambios que me parecen fundamentales en el mundo y que repercute en los movimientos sociales es la autoconcepción de los ciudadanos en las sociedades avanzadas occidentales. Creo que hoy el ciudadano de la calle se concibe cada vez más como sujeto de derechos. Efectivamente, la gente protesta y hace asociaciones de afectados que protestan por aquello que les afecta y esto es una realidad relativamente nueva con respecto a aquello que conocíamos hace veinte años. La gente protesta, se concibe como sujeto de derechos: «Tengo derecho a...»

Creo que la crítica al vanguardismo en el que caía la izquierda, que se creía salvadora, afecta a la autoconcepción de los movimientos sociales. Quiero decir, el movimiento feminista no es la vanguardia de las mujeres, en el movimiento feminista nos representamos a nosotras mismas y sabemos que hay otras mujeres que dicen otras cosas y que además son sujetos de enunciación, dicen lo que les parece y muchas veces lo que les parece es radicalmente contrario a los planteamientos feministas. El feminismo ha tenido un discurso clásico sobre lo que es la prostitución y de repente nos hemos encontrado con que las prostitutas se organizan y dicen: «¿Quién eres tú para decirme a mí, para analizarme, explicarme y decirme?»

Los ciudadanos se conciben como sujetos de derecho y de esta manera el ciudadano se ve reducido a su condición de cliente y en tanto que cliente reclama lo que tiene derecho a reclamar. Al final la política se plantea en términos de dos palabras clave: negociación, que no diálogo, y argumentación, no deliberación. La negociación siempre lo es de intereses contrapuestos, entonces se trata de presionar, de tener fuerza en la presión, no se trata tanto de convencer que sería el propósito de la deliberación argumentativa. En cambio, en una concepción más basada en la deliberación pública, el hecho de plantear una cuestión de intereses genera un debate social, pero digamos que son cosas distintas. La deliberación, el diálogo, tiene una base racional, de dar la razón al mejor argumento, al margen de intereses.

Vuelvo a lo que decía antes, la cuestión económica que lo permea todo, el consumismo masivo llega a todos los ámbitos de la sociedad y nos convierte a todos en clientes, en consumidores que exigimos nuestros derechos en tanto tales. ¿Son esto movimientos sociales, exigir los derechos como consumidor, como cliente? ¿Significa esto estar haciendo política? El economicismo lo está permeando todo y esto es un desastre. Quiero decir, dentro de poco vamos a ver que la Iglesia católica en el Estado español se convierte en un movimiento social que protesta.

Yo creo que el vanguardismo aquel en que cayó la izquierda en aquellos días tenía muchas cosas malas, efectivamente no somos nadie para decir a otra persona tú tienes que hacer esto y lo otro, pero claro esto nos lleva a un relativismo absoluto; parece que no hay ningún criterio desde el que poder decir, decir lo que es correcto y lo que no es correcto, porque todo el mundo es muy libre de plantear: «Yo quiero el velo, yo quiero ser... en fin, lo que me dé la gana querer.» Cualquier demanda tiene derecho a serlo y se nos disuelve todo entre las manos.

ANNA BOSCH: Los antiglobalización llegan a la conclusión que luchando abiertamente contra el neoliberalismo no hay salida y se exilian para construir otras realidades en los márgenes del sistema. Pero yo diría que esta opción que se ha nombrado como éxodo, existe en realidad en nuestra sociedad. Espacios de éxodo son aquellos donde las personas estamos comportándonos y actuando a partir de una forma de vivir, de sentir y de experimentar las relaciones humanas que no tiene nada que ver con el sistema establecido. Por ejemplo, en el ámbito doméstico todo el trabajo que se hace para cuidar a los demás no tiene nada que ver con el mercado. Hay muchos espacios en el exilio del sistema donde estamos intentando cosas nuevas para poder vivir mejor.

El movimiento feminista como decíais vosotras no son las organizaciones de mujeres, sino un conglomerado, el conjunto de todas las mujeres del mundo que han dicho «yo quiero modificar mis relaciones con los hombres», o «yo quiero modificar mi concepción de lo que es ser mujer». El movimiento ecologista no son las organizaciones ecologistas, sino que es el conjunto de personas que en un momento dado se han planteado un problema ecológico y con ello han cambiado su vida. Para mí esto es movimiento, y hay muchos elementos nuevos que están ahí y deberíamos saber analizar y entender.

Esta idea que ha dicho Teresa de la autoconcepción me parece cierta y la comparto, pero le doy otro significado y otro nombre: «empoderamiento». Tener conciencia de los propios derechos y exigirlos no comporta necesariamente verse reducidos a una condición de clientes. En todo caso diría que vamos tomando conciencia de nuestra condición de consumidores y este creo que es un espacio por descubrir y analizar. No sé si conocéis la campaña «Ropa limpia» que impulsaron algunas ONG de Cataluña, enviando cartas a una serie de empresas muy conocidas de la confección, como Zara, denunciando la explotación del trabajo infantil, y unas condiciones laborales intolerables. Pues las empresas respondieron a la campaña con una gran preocupación. Cuando se mueve algo en el terreno del consumo, las empresas son muy sensibles a ello porque saben que ahí está la base de su fuerza y de su beneficio.

SALVADOR MARTÍ: Hay dos cuestiones, una es ¿cómo se autoperceben los movimientos? Este es un debate importante. Y la otra es ¿qué ha cambiado en la sociedad? Es otro debate. ¿Qué ha cambiado en la sociedad, en la vida cotidiana y en los hábitos de la gente? Cómo nos percibimos nosotros respecto a la cotidianidad, a nuestros vecinos, a la gente del barrio, sus hábitos. En cualquier caso es interesante observar: gente que antes no se movía, ahora se mueve. ¿Por qué? No todos los que salieron a manifestarse contra la guerra tenían una autoconcepción de consumidor, de cliente. Era una cuestión de indignación moral. Creo que esto es importante. Más en una sociedad como la que uno percibe en el Estado español donde ha habido un poso, no sé si de clientelismo, pero sí de una cultura autoritaria, de la no movilización general.

Y todavía otro debate es ¿qué ha cambiado en la sociedad global? ¿Qué ha cambiado en el mundo? Y esto ya es un derrape, la cuestión de la globalidad.

ANABEL SANZ: Creo que sí han cambiado las cosas. Yo hablaría de los movimientos sociales clásicos y distinguiría cuatro porque son fundamentales: el movimiento de solidaridad, el movimiento ecologista, el feminismo, y el movimiento de gays y lesbianas. ¿Por qué? Porque me da la sensación de que son los movimientos que han conseguido permear la institución de una manera importantísima, hasta el punto que han cambiado los discursos de la institución.

A partir de un momento hablamos de feminismo difuso, creo que existe un ecologismo difuso, una solidaridad difusa. Hay una especie de conciencia general de la gente. Nosotras hace veinte años pensábamos que una mujer que además de feminista no fuera anticapitalista no era feminista y ahora no lo creemos. Ahora entendemos que ya no somos la vanguardia, que ya no somos el feminismo por excelencia y que tenemos que aprender a organizarnos con otros grupos de mujeres diferentes que empiezan a actuar en el panorama público. Por ejemplo, yo creo de verdad que las de Emakunde son feministas; he estado hablando con ellas y lo son. Me parece que el feminismo además de valorar las relaciones y las cuestiones personales que se puedan ir madurando, tiene una labor de superar la atomización. Lo que tenemos que hacer es superar la atomización y proponer propuestas políticas con ese tema.

ALFONSO DUBOIS: La valoración del cambio tenemos que hacerla desde el proceso, porque de lo contrario no hay nada que hacer, y pensar en categorías de proceso es más difícil. Por ejemplo, en Barcelona hoy la realidad de los hogares, o como se quiera llamar, es que más del cincuenta por ciento no responden al núcleo familiar tradicional. Imagino el enorme cambio social que supone eso. Me gustaría mucho que analizáramos qué ha pasado para que ocurra eso. Esta no ha sido ninguna reivindicación de un movimiento social, lo que no quiere decir que no haya influido. Lo que pasa es que hay fuerzas en la sociedad; hay un escenario en el que se están moviendo factores de todo tipo entre los cuales uno de los que influyen es el movimiento social, pero no hay una relación directa. Habría que valorar como categoría conceptual la medida en que los movimientos sociales han tenido una incidencia positiva en cambios de actitudes, por ejemplo el feminismo. Los movimientos sociales son un instrumento no son un fin, si los movimientos sociales no son capaces de cambiar la realidad social no valen para nada. Sólo puede haber movimientos sociales nuevos y distintos si de alguna forma las personas son distintas.

Pero algo que es muy importante, movimientos sociales son todos, los buenos y los malos. No sólo los reivindicativos y las causas justas, lo son todos. Y puede ser que haya momentos en que los movimientos que no nos gustan sean más activos, más dinámicos y puedan jugar papeles significativos.

ISABEL RIBERA: Con respecto al cambio, decimos: hay que pensar esto y hay que pensar lo otro. Lo que ha cambiado de verdad es que la lucha por el poder se ha hecho añicos.

ZESAR MARTÍNEZ: Creo que la botella que nos interesa, que es la de la autoorganización se está vaciando, por eso no me gustan mucho análisis de lo que estamos viviendo que tiendan a

la autocomplacencia. Por mucho que el movimiento ecologista esté creando alternativas interesantes a muchas cosas, las grandes infraestructuras y las lógicas desarrollistas están más fuertes que nunca. Para mí no es movimiento social una persona que decide en su casa reciclar. A mí me sir-ve una definición de organización colectiva que define objetivos que no son com-patibles con los límites jurídico-políticos y económicos que están establecidos, que los intenta transgredir, y además que para ello define adversarios, antagonistas con los que va a enfrentarse. Existe el grave peligro de perder el eje fundamental del antagonismo y el conflicto. Ahora parece que no hay adversarios, que no lucha-mos contra nadie. Si no luchamos contra nadie no vamos a modificar nada.

Más que decir que se ha acabado la lucha por el poder, yo creo que se concibe el poder de otra manera, como una interacción, una correlación de fuerzas, no como un sitio a conquistar.

PEDRO IBARRA: Lo que estamos discutiendo hoy es: el poder está ocupado por unos actores y esos actores toman básicamente decisiones en línea con un sistema de valores con el que nosotros no estamos de acuerdo, contra la igualdad, contra la relación armónica con la naturaleza, contra una serie de cosas. Se trata de cam-biar la ocupación de ese poder, es decir, unos actores que cambien el equilibrio. Que las decisiones que se tomen vayan en línea con lo que a nosotros nos gustaría que ocurriese. Esto siempre se puede hacer de dos formas: o dialogas con el poder en ese espacio, entras en diálogo con esos actores y en esa relación tratas de cam-biar un poco el equilibrio, o te confrontas desde fuera con él, con presión exte-rior. Y esta presión exterior se puede dar desde una confrontación pura y dura, o desde la creación de espacios alternativos. Yo creo que esta es también una diná-mica política ya que tú politizas ese espacio social, creas un nuevo actor que está cuestionando la existencia del poder.

ANABEL SANZ: En relación a esos cuatro movimientos, antes decía que han provocado un efecto difuso en la sociedad. Una estrategia clara en estos momen-tos tiene que ser sacar los colores a los poderes públicos que dicen que hacen y no hacen. Porque al final el 8 de marzo ya parece una fiesta de guardar, no hay al-guien que no saque un cartel. Pueden ir por la vida de políticamente correctos con ese tema y luego a la hora de la verdad eso no se ve reflejado ni en los presu-puestos ni en los servicios ni en los recursos.

TERE MALDONADO: En lo referente a que los movimientos sociales pueden perder la

perspectiva cuando se ponen a colaborar con la institución, tengo la sensación que el movimiento feminista de los años setenta, por ejemplo, planteaba con mucha más claridad una serie de cosas muy rupturistas, muy ideológicas, muy politizadas. Tenía un discurso que rompía el discurso hegemónico, era el discurso de una vanguardia revolucionaria que estaba ahí diciendo barbaridades. Pero resulta que esas barbaridades, por unos procesos muy complejos, al cabo de los años se transforman en el estado de opinión comúnmente aceptado. Es decir, lo que era ideológico, muy politizado, acaba siendo el estado de opinión común. De manera que ahora todos los Ayuntamientos, las Diputaciones, etc. tienen una área que se llama de igualdad de oportunidades o un área de medioambiente, en las cuáles se ofertan puestos de trabajo que son técnicos. Anabel que es el ejemplo vivo de esa política está trabajando como técnica de igualdad de oportunidades en un Ayuntamiento, pero sigue siendo militante del movimiento feminista. Aquí creo hay un mecanismo que muestra cómo las sociedades van avanzando y van integrando. Para desmovilizar, hemos dicho siempre; sí, pero no sólo. Creo que hay una asunción verdadera y real, y se va transformando lo político en técnico. ¿Significa eso que haya que dejar de plantear en la arena política la pelea de qué tipo de sociedad queremos construir?

ELENA GRAU: Es cierto, el feminismo planteaba unas rupturas ideológicas y políticas impresionantes que luego se han asumido, pero sigue teniendo sentido que el feminismo exista como movimiento. Esto también es porque el feminismo se ha ido planteando cosas nuevas y se ha ido dando cuenta que aunque en la institución se asuman unas cosas, otras siguen siendo invisibles. Y el tema del cuidado sigue siendo invisible. El tema del cuidado en los años setenta no nos lo planteábamos, nos lo planteamos ahora cuando vemos que aunque hayamos entrado en las instituciones, aunque se haya legislado, aunque haya normas y aunque haya políticas de discriminación positiva, sigue habiendo un sector que permanece en la oscuridad. Esto lo hemos podido ver y lo estamos sacando a la luz. Y sobre los cuidados habrá que escuchar a las mujeres que cuidan aunque no formen parte de un movimiento, para saber cómo lo ven, cómo lo valoran, cómo lo organizarían, qué recursos necesitarían. Porque ellas tienen muchas cosas que decir. En mi trabajo en el terreno de la inserción laboral de las mujeres me ha ocurrido que, con el tiempo, hemos pasado de plantear el tema como derecho de las mujeres al trabajo asalariado, a discutir qué es el trabajo, ¿qué es el trabajo remunerado?, ¿qué es el trabajo no remunerado?, ¿qué queremos hacer con estos trabajos? Es decir, el tema ha cobrado más radicalidad gracias a dar voz a su experiencia. Y he aprendido mucho escuchándolas.

Participación con dos dimensiones: participación de los movimientos sociales en las instituciones y participación de los/las individuos en los movimientos sociales y en lo público en general

ZESAR MARTÍNEZ: Podemos distinguir la participación por invitación de la participación por

irrupción. Por invitación sería la que realizan organizaciones, colectivos, etc., en mecanismos institucionales para la participación de la sociedad civil: consejos, Agenda Local, etc. Y la participación por irrupción es la participación autónoma, independientemente. Por poner un ejemplo, la participación en las manifestaciones contra la guerra en el tema de la invasión de Iraq sería de este segundo tipo. Pero desde que se inician las experiencias de participación institucional, los procesos participativos, parece que en ciertos debates la participación política quedaría circunscrita a estos mecanismos.

ANNA BOSCH: Los movimientos sociales -excepto el sindicalismo- son la expresión de otra forma de entender la política. Participan en la «cosa pública» cuando lo consideran oportuno, y lo hacen desde su propia perspectiva, tanto al analizar qué sucede como al pensar qué debiera hacerse y cómo para resolver el problema que los ha motivado. A la vez se toman la calle y cualquier otro medio que les parezca adecuado, inventando y experimentando nuevas formas de participación y de comunicación. La existencia de los movimientos sociales no es un complemento a la política de la representación, que muchos confunden con «la política», sino la evidencia de las limitaciones que tiene la política de la representación, y la promesa de llegar a superarla.

Los movimientos sociales no tienen, ni necesitan, estrategias más allá de sus objetivos concretos, porque la estrategia ya forma parte de estos objetivos: es en las propuestas y las formas de lucha utilizadas para resolver los problemas concretos donde se configuran las políticas de futuro. Las actitudes hacia las instituciones a veces son de confrontación, a veces de cooperación, o de ambos elementos a la vez; depende, en cada caso, de las personas que hay en primera línea de los movimientos y de las que actúan como interlocutoras institucionales. A la complejidad de tales relaciones contribuye el que la capacidad de los movimientos sociales para elaborar propuestas y programas alternativos viables supera casi siempre la capacidad de las instituciones, prisioneras de la burocracia y la lucha por el poder; ello provoca actitudes defensivas en los/las representantes institucionales, sean políticos o técnicos. Si añadimos que los/las representantes del movimiento, a veces se colocan a la defensiva frente al poder, entenderemos por qué resulta tan difícil la práctica del «partenariado».

ANABEL SANZ: La exigencia de un espacio de participación, no es solamente para teorizar, es para hacer política concreta, para gestionar. En ocasiones no tenemos la suficiente capacidad propositiva para decir cosas. Por ejemplo, en Bilbao, para decir qué hay que hacer con el tema de los cuidados a las personas, con las guarderías, con la atención a las personas mayores, con todo lo que nos puede atañer. En cambio, yo en mi trabajo me encuentro con una situación totalmente diferente; estoy continuamente intentando llamar al movimiento asociativo para que participe y poniendo, o creyendo que doy, todas las facilidades para la participación y el movimiento asociativo no responde para nada. Quizás no tiene capacidad, o en la mayoría

de los casos no tiene mucho interés.

ALFONSO DUBOIS: Para que haya participación real, los movimientos tienen que estar suficientemente cohesionados, de manera que la participación, aun-que sea un reto, no suponga una amenaza a perder su identidad. Esto me parece importante destacar, porque al final tampoco podrán participar aquellos movi-mientos que no tengan una estructura interna participativa. La asunción del reto de confrontarse con otro grupo o institución más poderosa sólo puede asumir-se con garantías desde el mayor consenso de sus miembros sobre los objetivos que se pretenden. Así, la participación se convierte en instrumento y en objeti-vo al mismo tiempo. Los problemas se dan cuando el movimiento es débil o tiene un objetivo muy limitado, en el momento en que participa casi pierde toda la fuerza.

ELENA GRAU: De alguna manera, cuando hablamos de una participación pe-dida, exigida por los movimientos, es como si se estuviera expresando que esta democracia basada en la delegación es insuficiente. La ciudadanía quiere saber cómo esta gente en la que ha delegado por cuatro años está haciendo o no lo que se supone que debería hacer. Esto es lo que le pedimos a la institución, ¿no?, que de verdad haga las políticas que dice va a hacer y de verdad ponga los recursos. Pero esto exige que los movimientos definan cómo tienen que desarrollarse estas políti-cas, qué recursos son los que se necesitan y cómo deben distribuirse y controlarse estos recursos. Esto es un reto nuevo para los movimientos.

TERE MALDONADO: En el feminismo se ha hecho mucho clientelismo por par-te de las instituciones, se ha organizado a las mujeres para lo que sea, para el ocio, para no sé qué, y entonces hay veintiocho mil asociaciones de mujeres que real-mente por ellas mismas nunca se hubieran organizado. Te encuentras, además, con asociaciones que tienen mil socias y parece que lo que les da legitimidad es la cantidad.

ALFONSO DUBOIS: Se abren espacios de participación, pero pueden ser espa-cios de participación viciados desde el principio porque la iniciativa viene desde el poder, porque el espacio de participación lo marca el poder y porque a veces se dirige a movimientos sociales que no tienen la capacidad para establecer un diálo-go. Me parece importante que la participación no sea en un contexto de ellos. Yo por eso digo, en ese contexto los movimientos sociales deben tener más claro que nunca objetivos a largo plazo, una estrategia. Si en el movimiento social no hay participación interna es muy difícil. No sé hasta donde tenemos hoy

unos movimientos sociales con esta dosis de participación interna que asegure que ni sus éxitos son sólo mediáticos, y por tanto no sabemos si pueden continuar, ni su participación queda absorbida.

ANNA BOSCH: Cuando la participación se da por invitación, por ejemplo cuando se ponen de moda las Agendas 21 o los presupuestos participativos, puede ser que desde las instituciones se invite a participar a organizaciones que no tienen capacidad para ello. Esto en sí no creo que sea nada fructífero ni para el grupo de personas que están obligadas a ir a unas reuniones en las cuáles no saben qué decir, ni para la institución que las invita. En cambio, la participación de un movimiento en las instituciones se puede convertir en positiva cuando se combina la irrupción, es decir la iniciativa del propio movimiento, con la invitación o con la aceptación de esta irrupción por parte de la institución. En este caso habrá un diálogo entre las dos partes, estando cada una en su lugar. Las organizaciones de los movimientos sociales deberíamos tener claro si, cuando nos invitan, esto corresponde a nuestras necesidades, a nuestros deseos y hay condiciones para ello. Los movimientos no tienen un staff estable, son personas que en un momento dado se ponen delante y luego lo dejan, o llevan su compromiso a otro lugar. Al menos en el movimiento ecologista y feminista que yo conozco es así. E incluso las mismas personas pasan épocas priorizando el activismo y otras épocas dedicadas a la reflexión y elaboración de propuestas.

ISABEL RIBERA: Hay una medida que tiene que ver con el porqué existe una organización y también con el tamaño que tiene. ¿Cómo se alimenta cada día? ¿Cómo discute lo que es, si es una organización que participa en una institución? ¿Cómo encuentra la manera de ir haciendo un seguimiento de lo que le aporta esto? ¿Le crea contradicción con otras cosas que quiera hacer? Es decir, aquí creo que estamos en una situación muy lejos de la reivindicación pura y dura. Esto es lo que hay que pensar, la medida que cada organización, persona, colectivo tiene, cuál es la medida que favorece que se mueva y cuál es la medida que favorece que se anquilese y que se muera.

ZESAR MARTÍNEZ: Sobre el tema de qué pasa cuando se abren puertas y hay posibilidades de participar en procesos del ámbito institucional y, sin embargo, los movimientos por debilidad no quieren, no pueden o no saben, yo añadiría que tampoco hay incentivos a la participación. No hay interés por parte de quien gestiona la mayoría de los recursos, de impulsar la participación de los ciudadanos organizados y de los no organizados. Y podría haber incentivos, podría haberlos en muchos sentidos. Nosotros ahora estamos haciendo un estudio en Irún sobre el tiempo libre de los adolescentes y sus relaciones con el alcohol y otras drogas

en este tiempo libre. Tal como nos ha venido la demanda del Gobierno vasco, el principal objetivo no es hacer un diagnóstico o un estudio sobre ese tema sino movilizar a los propios adolescentes del pueblo. Es decir, crear incentivos de participación. Existen muchas deficiencias en la cultura clientelar, pero en la mayoría de los casos tampoco se ponen estrategias ni recursos para incentivar esa otra cultura política de participación. Si hubiese interés, sí podría haber incentivos. Lo último que quería decir es que cuando se crean expectativas de invitación a que se participe en procesos o en órganos institucionales, un elemento fundamental es que la gente que da el paso al frente para participar en ello, viva que eso tiene una incidencia real, que su participación tiene elementos decisivos en ese proceso.

ISABEL RIBERA: En esos movimientos que hemos nombrado —el movimiento contra la guerra, el movimiento por una nueva cultura del agua y matices diversos en el movimiento feminista— es muy importante el tema de la interpelación. Por ejemplo, en el caso del movimiento contra la guerra, cada persona se interpela y entonces dice «No en mi nombre». Es importantísimo. Hay un momento en que la gente sabe que tiene un gobierno que hará lo que le parezca y a pesar de ello hace dos cosas. Piensa: «Yo, ¿qué creo? Tú harás lo que quieras pero no en mi nombre». Y lo dice. Y lo dice en un terreno de confianza con el vecino de la comunidad de al lado, y también con el de Australia. Por lo tanto, se pone en marcha un mecanismo de confianza y donde había un movimiento pequeñito, ahora hay no sólo mucha gente, sino maneras infinitamente diferentes de decirle al poder lo que se piensa.

ELENA GRAU: Es decir, que la participación sin empoderamiento de la gente no es suficiente. Cuando un movimiento tiene capacidad de participación por irrupción, como decía César, es porque está empoderado. Porque el empoderamiento es, al final, la capacidad de las personas de valorarse a sí mismas. Que consideren que tiene sentido interrogarse sobre los discursos que se hacen acerca de la realidad y preguntarse si realmente les sirven o no les sirven. Que puedan formular su propio discurso sobre la realidad. Esto es lo que permite a las personas dar sentido a lo que hacen y, por lo tanto, pensar que hay que decirlo, hay que llevarlo al mundo y, por tanto, hay que participar.

CARMEN ORIOL: Si no lo perciben como algo que va a dar a su vida una riqueza, una calidad mayor, lógicamente no van a estar interesados en participar, a no ser que la participación sea para solucionar una reivindicación concreta, que eso es otra cosa diferente. Esa es una educación que, o se hace desde la niñez o no se hace. Los movimientos sociales tienen ahí un campo que es educar en esos valores, en esos principios, en esas actitudes de gusto por participar, de darse cuenta que participar enriquecería su vida. No la enriquecería desde el punto de vista consumista de «Voy a tener una cosa más», sino de «Voy a ser un poco más persona porque voy a dirigir mi vida».

ISABEL RIBERA: Para que la gente participe tiene que encontrar que hay algo que le va, que le da un más. No es el consumo, es otra cosa que le importa, que le modifica, que le transforma, que le hace estar mejor. Propiciar que la gente participe en cualquier instancia, incluidos los movimientos sociales, requiere una capacidad de mirar y de escuchar y de interaccionar muy importante, que a lo mejor no la pensamos porque estamos en un planteamiento más reivindicativo de lucha que hace tiempo que se perdió.

TERE MALDONADO: Yo creo que la participación de los ciudadanos y las ciudadanas en los movimientos políticos es cada vez menor. Los movimientos no acaban de participar por muchas razones que sería complejo de analizar, pero entre otras cosas porque la gente no quiere participar en general. Está triunfando, por ponerlo en términos de proceso y no darlo como algo acabado, un modelo de ciudadanía que es básicamente liberal, frente a otros modelos de ciudadanía que podríamos llamar, para entendernos, republicana. Es decir, establecer un perímetro de inviolabilidad de derechos del ciudadano en su vida privada. La vida privada es tan gratificante en las sociedades avanzadas; estamos llenos de cacharros, de internet, de acceso a cosas, que verdaderamente la gente está más desentendida de la gestión y la organización de lo público porque la vida privada es lo suficientemente gratificante. Yo creo, muy a mi pesar, que los movimientos sociales de izquierdas que quieren transformar la realidad, han dejado de ser eso. La vida privada cada día es más gratificante y la gente no quiere participar en los movimientos sociales y le da igual que el movimiento participe o no en la institución. La gente consumidora de drogas está superdespolitizada porque no necesita intentar modificar la realidad, el marco de lo público; se busca una grieta y puede vivir en ella perfectamente. El ambiente de gays y lesbianas está despolitizado hasta unos niveles que dan miedo.

ELENA GRAU: Me pregunto si la izquierda no ha contribuido inconscientemente a esa cultura política extremadamente individualista y a una idea equivocada de la participación. Tal vez ha contribuido a crear una ciudadanía que siempre pide y no se siente nunca llamada a dar a la colectividad. Una ciudadanía cuyos derechos se reducen a pedir y que no se responsabiliza de aportar soluciones desde ella misma; tal vez, como un pez que se muerde la cola, porque no se le dan espacios reales de participación.

TERE MALDONADO: Aunque sea por puro egoísmo al ciudadano y a la ciudadana les debería interesar participar en la gestión de lo público, porque si no el día que se despisten ese desentenderse, ese desafecto con respecto a lo público, acabará volviéndose contra ellos mismos. Yo creo que ahí a la larga hay una contradicción del desentenderse completamente, aunque sea por puro egoísmo. Por eso, tal vez, cuando la institución se abre o es abierta por la ciudadanía, la ciudadanía entra a participar.

ISABEL RIBERA: La cultura, la manera de vivir cada día como ciudadanos del estilo «Tengo mis derechos, y a mí que me registren», es muy potente. Pero también están pasando otras cosas y es de estas que tenemos que estirar, porque pa-san gracias a nosotros y a veces a pesar nuestro. Ahora no podemos hablar de lo mismo en los jóvenes que tienen entre quince y veinticinco años, porque ya no es lo mismo que hace diez años. Han pasado cosas, aunque no sean suficientes.

SALVADOR MARTÍ: Parece que en Catalunya sí, ahora la gente que tiene 17, 21 años es mucho más politizada que hace 10 o 15 años. Me pregunto ¿Cómo se construye tejido social? Los movimientos sociales, más allá de tener objetivos de interlocución, de gestión, de diseño de políticas, creo que también tienen una función muy importante de socialización, de crear valores y cultura alternativos. Esta es una de las funciones en base a las cuales los movimientos tienen mucho futuro, porque hay muchos espacios de socialización que han quedado vacíos. ¿Quién crea identidades, quien crea discursos, quien crea espacios de solidaridad y reciprocidad? La gente encuentra este vacío respecto de otros espacios que antes eran instituciones. Ahora todo el mundo ofrece cursillos, pero sigue habiendo un vacío. Hay una doble función de los movimientos. Una es impactar directamente en las instituciones, en el poder y, en ese sentido, están más o menos en disposición de tener roles de diseño, de control, de gestión. Pero la otra sería más endógena, más de espacio donde la gente se socializa. Aunque la gente que se forma en un movimiento luego no milite en ese sino en otro, eso es bueno.

ZESAR MARTÍNEZ: Es importante que militar en un colectivo, ser activista en determinado tema no sean sólo pesadas reuniones de cabreos, enfrentamientos y luego reparto de marrones, sino que se dé una dinámica en la que se cuide lo personal, en la que se contemplen los aspectos más afectivos.

ISABEL RIBERA: No me parece ninguna tontería pensar el porqué nos mantenemos o cambiamos cosas: porque queremos estar igual de bien o mejor. Si no estamos bien, cambiamos, dejamos la organización, o la autodisolvemos, montamos otra. Y sino, malament como decimos en Catalunya.

SALVADOR MARTÍ: ¿Por qué se mueve la gente? No tanto por la ballena barracuda sino porque ahí están sus colegas y se lo pasa bien. También está la otra vertiente de la utilidad

La política en la red

Escrito por Anna Bosch, Salvador Martí, Tere Maldonado, Zesar Martínez y Anabel Sanz
Viernes, 02 de Enero de 2004 21:42 -

versus la parte de identidad, ejercer de comunidad, establecer lazos, etc. Quizás nos hubiera gustado que además la gente fuera simpática, militante, saliera a la plaza con banderas y tal, pero en el fondo estas construcciones no miran la foto fija y la foto fija es notablemente diferente que hace unos años y es para mejor. Casi tenemos tantos argumentos para deprimirnos como para decir que no está nada mal.

Baserri Betikoa, octubre de 2004